

Cuando la vida se cuenta y las experiencias se comparten

Martha Eva Rocha

Hermelindo Santos Ramos, *Así construimos una nueva sociedad*, prólogo de Beatriz Cano, México, INAH (Papeles de Familia), 1998.

Así construimos una nueva sociedad, las memorias de Hermelindo Santos Ramos, prologado, editado y preparado para su publicación por Beatriz Cano, forma parte de los diez expedientes premiados en el concurso Papeles de Familia realizado en la Dirección de Estudios Históricos-INAH, en el año 1992. El proyecto propició en los concursantes desempolvar papeles, remover recuerdos, provocar nostalgias, encontrar un hogar para el cúmulo de documentos personales que son tesoros de familia, pero que al compartirlos permitieron la creación de un acervo testimonial que contiene 274 expedientes¹ y que en el umbral del siglo XXI, significa contar con un material de primera mano para reflexionar y escribir la historia de hombres y mujeres que en el siglo XX —y acudiendo al título de Hermelindo Santos—, participaron en “la construcción de una nueva sociedad”.

El acervo en su conjunto despier-ta verdadero entusiasmo porque abre la posibilidad a los investiga-

dores de acercarse a materiales novedosos, relacionados con cuestiones de la historia de la vida privada, de las mentalidades y de la historia cultural. En las últimas décadas del presente siglo, la exploración y aportes en este campo de la historiografía han sido fundamentales en la comprensión de nuestro pasado y en las maneras de abordarlo.

La aparición del libro de Hermelindo Santos permite sumergirnos en la lectura, a veces con deleite pero también con zozobra, compartiendo la desilusión que el protagonista deja ver a lo largo del relato. Una vida azarosa, llena de privaciones y penurias económicas, una lucha diaria con el deseo de alcanzar mejores condiciones, que la Revolución no logró resolver. Como señala Walter Benjamin en “El narrador”: estamos ante un relato vivido y narrado para ser conocido por el lector o escuchado; la valoración o enjuiciamiento queda a su gusto, tal como lo entienda.²

El libro lo integran dos grandes apartados que despliegan la propia vida del protagonista, señalados atinadamente desde el prólogo.³ La primera parte comprende la participación de Hermelindo Santos en el proceso revolucionario como soldado en el Ejército Constitucionalis-

ta, hasta el asesinato del primer jefe Venustiano Carranza en 1920. El desaliento y la desmoralización cuando le hicieron saber que ya no era carrancista sino obregonista, lo hizo dejar la carrera de las armas y, la segunda, muestra al hombre civil en la carrera por la vida formando parte de la fuerza laboral urbana de la ciudad de México. Dos etapas de una vida, dos tiempos históricos, dos contextos.

El México de principios de siglo que construyó el porfiriato era el de la modernidad y el progreso, pero también el de la marginación y la miseria. Hermelindo Santos fue actor y testigo en este proceso; enrolarse en el ejército constitucionalista lo hizo sufrir todas las vicisitudes de una guerra, pero también vivir y atravesar el territorio nacional experimentando múltiples emociones; tenía 12 años cuando dejó la escuela y quiso recorrer mundo; la feria de las balas fue la alternativa.

Múltiples relatos de la Revolución mexicana y sus actores han sido publicados en lo que va del siglo; ellos nos hablan de los móviles, las posturas político-ideológicas, el ideario revolucionario, el compromiso con caudillos, grupos y facciones, el escenario de la guerra, la traición y la muerte; pero pocos textos permiten

la complicidad que como escuchas podemos establecer con el relato oral de un hombre, más bien de un niño adolescente que ve a los revolucionarios y al teatro de la guerra como una gran aventura y, en última instancia, como una forma de sobrevivencia.

La historia de Hermelindo Santos es la del "soldado desconocido", la del "héroe anónimo" que sobrevivió en medio de tiroteos, emboscadas, batallas, fusilamientos y que al final, y retirado de las armas, se vio tan pobre como al principio. Un relato de aventuras y peripecias en las que el peligro asalta al protagonista a cada momento; parecía que moría y, sin embargo, como el héroe de las novelas épicas resulta ileso y presto a continuar en las andanzas. Las proezas son descritas al detalle. Un discurso prolífico, coloquial, repetitivo, propio de la oralidad, conserva la frescura que supone el compromiso personal de dejar constancia verídica de los acontecimientos. El relato se interrumpe para rubricar: "esto es lo que a mí me pasó", "hablo así porque estoy narrando la verdad", "voy a revelar otro feo percance que a mí me pasó", y como afirma Pascal: "Nadie muere tan pobre como para no dejar algo."⁴ Ciertamente, deja un legado en recuerdos, el narrador se hace cargo de la descripción y rara vez se realiza sin una profunda melancolía.

El narrador cuenta sus hazañas para conservar la vida, fatiga al escribir como si fuera el último hábito, no se permite un respiro, un reposo; el relato de 325 cuartillas es el testimonio de sus afanes, la huella que le permitirá trascender: en el origen de la narración se encuentra esa autoridad. Fechas, personajes, hechos de armas, enfermedades, accidentes, amores, diversiones, haberes, saqueos, huidas precipitadas; entre "mugre", hambre y siempre con sigilo, los ejércitos per-

noctan y prosiguen la marcha. Todo merece ser registrado. Una memoria sorprendente lo caracteriza; los recuerdos son plasmados en el papel y fluyen como las aguas que se agolpan y buscan un cauce. Al resultado que como lectores compartimos, Hermelindo Santos lo llama "mi discutido diario",⁵ pero como bien señala y explica Beatriz Cano, el texto es un híbrido de tres géneros literarios: es crónica, es memoria, es autobiografía.

La memoria, sin lugar a dudas es la forma predilecta para la escritura de vidas. Richard Woods señala las características de este género en el contexto mexicano:

Las memorias son simplemente el registro de un fragmento de años en una vida. Por lo general éstas serán lo que el autor perciba como años significativos en los que él participó en un acontecimiento histórico o su cercanía a la celebridad o frecuentemente, como ocurre en México, una justificación sobre los actos personales y una refutación a los enemigos [...] La Revolución mexicana [continúa] ha sido el mayor catalizador de memorias. Lo que es más, la memoria, en lugar de ser un intenso autoexamen, es generalmente un reflejo de acontecimientos exteriores a la propia vida.⁶

Bajo la factura de profesionales: periodistas, abogados, diplomáticos, políticos y doctores, la mayor parte de las memorias están suficientemente documentadas y escritas en un estilo distanciado.

Llama la atención lo que el propio Santos expresa de su texto:

Veo con regocijo que cuando sentí el deseo de escribir este sangriento relato, que fue después de un intervalo de cuarenta años,

veía que ya las turbias pasiones se iban apagando, quizá porque los años, el yunque del sufrimiento, nos sometió a grandes torturas y grandes desengaños, y Dios ante todo nos ha dado la fuerza y resignación y nos ha iluminado el entendimiento.⁷

Las memorias de Santos acaso logren distanciarse al evocar las acciones en las que él participó y adquiera más el papel de historiador que de escritor de su autobiografía.

Un lugar importante en la narración lo ocupa escribir sobre la vida de las soldaderas, compañeras de soldados en las largas y agotadoras travesías y las mujeres del pueblo; ambas, actrices anónimas en la Revolución, vidas ignoradas y agrupadas en el genérico "la bola", tan pobres como sus "juanes", pero generosas y entregadas, adquieren un rostro en la pluma de Santos, pues ellas padecieron también los rigores de la guerra. La abnegación, fidelidad, sufrimiento, valentía y heroicidad de estas mujeres, aun cuando son ya parte del mito, desfilan como seres humanos concretos. No así las mujeres-soldado, doblemente rebeldes, tanto a las injusticias sociales como a la adscripción de género, mujeres que fusil en mano pelearon en la línea de fuego. Personajes de excepción y de leyenda.

Cuando el protagonista habla de sus afectos, de sus pasiones de juventud, la narración fluye, el texto brilla. A veces con ingenuidad e inocencia relata las experiencias de sus primeros amores, la idealización de la persona amada: belleza, dulzura, candidez, traspasan la clase social y forman parte de un código cultural de una época que no precisamente cambia la irrupción revolucionaria, al inscribirse dentro del romanticismo decimonónico;

entre la realidad y la fantasía, entre versos y recuerdos, el texto recupera las vivencias. Los conceptos vertidos sobre las mujeres tienen que ver con la significación de género y los atributos de la masculinidad/feminidad. Hermelindo Santos se refiere a las mujeres con un profundo respeto, incluso cuando relata que ellas toman la iniciativa en el cortejo y juego amoroso; sin embargo, su escritura está impregnada de los valores culturales del tiempo largo:

Aurelia tenía el encanto de una joven humilde, revestida de un grande pudor [...]. Era imposible tratar esta sencillez con palabras cargadas de vulgaridades, así que me vi precisado a desarrollar un idilio amoroso y romántico [y páginas adelante afirma]: Uno como hombre es el verdadero arquitecto para modelar con suma delicadeza a la mujer amada y por ende a una encantadora familia y retirarlas de vulgaridades insanas.⁸

Intentando reflexionar sobre los procesos del recordar y los usos de la memoria, las afirmaciones anteriores están en boca de un muchacho de apenas quince años, pero son recordadas y escritas cuatro décadas después. Si rastreamos la construcción del recuerdo a lo largo del tiempo, un enfoque cronológico revelará de qué modo las nuevas

experiencias e interpretaciones, así como los cambios que sufren los contextos públicos provocan alteraciones en nuestro recuerdo.⁹ La escritura de Santos está permeada de lo que vivió en el tiempo largo y los juicios valorativos deben mucho seguramente a su conversión espiritual; en el relato surge la moraleja sin establecer la distancia que supone escribir un texto en el presente y que inevitablemente aparece revestido de significados retrospectivos.

La segunda parte del relato se acerca más al género autobiográfico: el "yo" narrador tiene momentos de introspección, el mundo que recrea se constriñe, el escenario es la ciudad de México en la posrevolución. El periodo de reconstrucción del país que intentaba saldar los estragos de la guerra. Tiempos de cambios, años esperanzados de justicia y reivindicaciones sociales. El país apuesta nuevamente a la industrialización y la modernidad, lo que trae consigo el crecimiento urbano y el desarrollo desordenado de la metrópoli. Para la población campesina, los ex combatientes que dejaron la carrera de las armas, emigrar a la ciudad significaba encontrar un trabajo y establecerse; sin embargo, la lucha por la vida fue algo más complejo y así lo deja ver el narrador.

La colonia Guerrero fue el primer encuentro con la ciudad. En su carácter de civil, Hermelindo Santos incursiona en múltiples oficios sin encontrar acomodo. Trabajó co-

mo peluquero, carnicero, limpiabotas, albañil, obrero en una fábrica de jabón, repartidor de leche, almacenista, chofer y ferrocarrilero; el sueño de independencia, tener un negocio propio para lograr "algún dinerito" lo convierte en comerciante: un puesto de dulces y refrescos, artículos de mercería y una taquería no hicieron posible la anhelada estabilidad, el contar con un salario seguro; la esperanza se transforma en desesperación. Nuevamente la enfermedad, el atraco y el despojo, el abandono de dos esposas, las peleas callejeras son parte de la fatalidad que parece ser su impronta. Miseria extrema y marginalidad urbana, una de las caras del México de la primera mitad de siglo la encontramos contenida en el relato. La tragedia personal de Santos nos trae a la memoria alguno de los personajes de Luis Buñuel en *Los olvidados*.¹⁰

En la madurez de la vida, cuando el cansancio aflora, la aceptación del infortunio y una paz interior las consigue Santos a través de la religión. El templo espiritual será su refugio; la escritura, la construcción de su vida, la manera de permanecer. Es por eso que la narración termina como una conversación que se interrumpe: "El arte de narrar concluye [...]. Es como si una capacidad, que nos parecía inextinguible, la más segura entre las seguras, de pronto nos fuera sustraída. A saber, la capacidad de intercambiar experiencias."¹¹

Notas

¹ Delia Salazar y Juan Matemala, *Guía del Acervo Histórico de Testimonios Familiares*, México, INAH/Lotería Nacional para la Asistencia Pública, 1994.

² Walter Benjamin, "El narrador. Consideraciones sobre la obra de Nicolai Leskov", en *Sobre el programa de la*

filosofía futura y otros ensayos, México, Origen/Planeta, 1986, p. 194.

³ *Así construimos una nueva sociedad. Hermelindo Santos Ramos*, prólogo de Beatriz Cano, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia (Papeles de Familia), 1998.

⁴ Walter Benjamin, *op. cit.*, p. 202.

⁵ *Así construimos...*, *op. cit.*, p. 221.

⁶ Richard Woods, "An Overview of Mexican Autobiography", *Auto/Biography Studies*, núm. 3, verano de 1988 citado en *The Rebel. Leonor Villegas de Magnón*, Clara Lomas (ed.), Antonio Saborit (trad.), Houston, Arte Público Press/University of Houston, 1994, pp. 36-37.

⁷ *Así construimos...*, op. cit., p. 49.

⁸ *Ibid.*, pp. 37-38.

⁹ Alistair Thomson, "La utilización de la biografía del recuerdo en

la exploración de la identidad nacional y masculina: estudio de un caso australiano", en Percy Bird, *Historia y Fuente Oral*, núm. 11, Barcelona,

Universidad de Barcelona, 1994, p. 24.

¹⁰ Radicado en México, Luis Buñuel dirigió el filme *Los olvidados* en 1950.

¹¹ Walter Benjamin, op. cit., p. 189.

El exilio soviético

Anna Ribera

Carmen Parga, *Antes que sea tarde*, Madrid, Compañía Literaria, 1996, 182 pp.

La Guerra Civil española y el éxodo y exilio de miles de vencidos del bando republicano han sido objeto de numerosos trabajos de investigación histórica, así como de la escritura de gran cantidad de libros de memorias y autobiografías. El trauma del conflicto y, sumado a él, el del desarraigo y la inserción en países nuevos y distintos fue un importante estímulo, como todas las situaciones de excepción, para dejar constancia de la propia experiencia y, de paso, de la experiencia colectiva. La guerra española, vivida como trágica defensa frente al totalitarismo fascista, se convirtió para sus actores en una experiencia que había que reseñar y de la que había que dejar constancia.

Dos países ayudaron a la acosada República española, a pesar de los acuerdos de no intervención de Inglaterra y Francia: México, bajo el gobierno de Lázaro Cárdenas, y la estalinista Unión Soviética. No es por ello extraño que a estos dos países llegara una cantidad muy importante de los perdedores de la guerra. A México, militantes de todas las tendencias, y a la URSS, fundamentalmente militantes comunistas. Sobre la experiencia de ser exiliado en la Unión Soviética y

en los países del bloque socialista trata el libro de Carmen Parga, *Antes que sea tarde*.

Joven militante comunista, estudiante de la Universidad de Madrid, entusiasta activista política, Carmen Parga vive con intensidad los tiempos de la flamante República española, así como los desgarradores días de la guerra desde el frente de batalla al lado de su marido, Manuel Tagüeña. Tras la derrota emprenderá el camino del exilio por una Unión Soviética que poco tiempo después de su llegada se verá inmersa, ella también, en los horrores de la guerra.

La presencia de los Tagüeña Parga en el mundo socialista fue modificando desde un principio y poco a poco la perspectiva de su militancia. "A pesar de nuestro esfuerzo por verlo todo positivamente, al fin y al cabo estábamos arribando a la Unión Soviética, patria de todos los trabajadores del mundo, modelo para el futuro de toda la humanidad. Nuestra primera visión del puerto de Leningrado fue bastante deprimente", dice Carmen Parga. Luego añade, "claro que el culpable era el frío, y nosotros íbamos a construir el socialismo en un país cálido, así que sin perder el optimismo y con la esperanza de que saliera el sol, pisamos el suelo del país soviético". Unas líneas después las razones climáticas ceden paso a las políticas: "Al pasar la aduana, aunque

fuiamos tratados amablemente, nos extrañó la minuciosidad con que fueron revisados nuestros pobres equipajes. A Tagüeña le requisaron un ejemplar de *Mi lucha*, de Hitler, editado en París por el Partido Comunista Francés. Primer síntoma de que no era lo mismo ser comunista fuera que dentro de la URSS."

Pero, aún con buen ánimo, los Tagüeña se instalaron en Moscú. La relación del Partido Comunista con los inmigrantes españoles, la incorporación de Manuel Tagüeña a la Academia Frunze —la academia militar soviética—, y la de Carmen Parga a la escuela Piragóskaya para trabajar con niños españoles, ocuparon los primeros tiempos de su estancia en la URSS. Pero esta vida que la autora dice "podía considerarse normal y hasta monótona" cedió paso a la inevitable entrada de la URSS al conflicto armado en las vísperas de 1941, tras la ruptura del pacto germano-soviético. El 22 de junio de 1941 Molotov anunció por radio que el ejército alemán había cruzado la frontera soviética. Los exiliados españoles se preparaban a vivir una segunda guerra tras la reciente derrota en su propio conflicto. Parga comenta la diferencia de sus sentimientos en una y en otro:

Yo trataba de recordar mi estado de ánimo en España durante la